

Elogio del P. Fermín de Uncilla

POR

DIEGO P. DE ARRILUCEA, O. S. A.

Excelentísimos Señores (*),

Señores todos que me escucháis:

Días verdaderamente gloriosos para las letras agustinianas españolas los que anunciaron la subida al trono del pacífico Fernando VI y abarcan su reinado y el del espléndido mecenas de todos los estudiosos, quizá más calumniado que bi en entendido, el rey Carlos III; días en que brillaron por igual las armas y la diplomacia españolas recobrando en Europa un prestigio, que parecía perdido para siempre, y días en que experimentaron las ciencias y las letras y las artes florecimiento tal que en algunos aspectos igualaron y aun quizá superaron a las del Siglo de Oro.

Un peruano ilustre, Fray Francisco Javier Vázquez, tomó las riendas del gobierno de la Orden en 1751 y las

(*) Los Excmos. Señores Presidente de la Diputación de Vizcaya y representantes del Sr. Obispo de Bilbao y Sr. Gobernador Civil de la Provincia, que presidieron la fiesta junto con las autoridades civiles y eclesiásticas de Durango e Izurza y el P. Provincial de los Agustinos, presentes en el homenaje tributado al P. Uncilla, en Izurza, su pueblo natal, en el primer centenario de su nacimiento, 8 de julio de 1852-1952.

tuvo con mano firme, acertada y serena, durante treinta y cinco años. Hombre de talento extraordinario, supo encaminar a sus súbditos por la senda que el renacimiento de las ciencias y las letras señalaba. Remozó los estudios, creó museos y centros de investigación, renovó los métodos de los cursos filosóficos y teológicos despojándolos de los ergotismos y tiquismiquis de escuela, impulsando con esfuerzo hercúleo el estudio de las disciplinas eclesiásticas, al servicio de las cuales aplicó todos los medios que la historia y la arqueología y la numismática y la epigrafía y las ciencias naturales y las físicas ponían en su mano.

Epoca gloriosa, digo, aquélla en que era centro de todos los estudiosos sevillanos la Biblioteca de San Acacio del convento de los Agustinos de la ciudad del Betis, y cátedra de sabiduría la celda del convento de San Felipe el Real, de Madrid, desde la que el P. Enrique Flórez derramaba torrentes de luz sobre nuestra historia, creando la investigación moderna, la historia crítica, con su monumental y no igualada *España Sagrada*, y el P. Méndez ponía los fundamentos de la bibliografía tipográfica con su *Tipografía Española*, y el P. Fernández Rojas ridiculizaba a los petulantes metodistas franceses y afrancesados con su resaladísima *Crotalogía o Arte de las castañuelas*, y los PP. Centeno y Corral se enfrentaban con todos los errores antireligiosos para deshacerlos, para triturarlos, para pulverizarlos.

Días de gloria, sí, aquéllos en que Fray Diego González resucitaba los ecos de la lira de Fray Luis de León en la renacida y pujante Escuela de Salamanca, y atraía hacia su celda prioral, convertida en tertulia literaria, a Meléndez Valdés, y a Cadalso, y a Cienfuegos, y a Forner, y a Pepe Iglesias, iniciando el brillante renacimiento de nuestra lírica; días gloriosos, en que se creaban los primeros museos de Numismática en los conven-

tos agustinianos de Valencia y Barcelona, de Madrid y de Córdoba, de Sevilla y de Cádiz; y el eminente polígrafo Fray José de Jesús Muñoz Capilla, admirado por Lagasca y su amigo después, organizaba el mejor herbario en su convento de San Agustín de Córdoba, y el P. Antonio Fabre, académico de la Historia, interpretaba cientos de lápidas romanas, creando, por decirlo así, la Epigrafía, gran auxiliar de las ciencias históricas, y fundaba uno de los mejores monetarios con los miles de medallas y monedas romanas, griegas y arábicas por él descubiertas y estudiadas, y el P. Manuel Blanco escribía su *Flora de Filipinas*, obra verdaderamente monumental que descubrió un mundo desconocido y dejó brillante estela para que en nuestros días los PP. Faulín, Barreiro y Unamuno, vuestro insigne paisano, todos académicos de la Real de Ciencias, realizaran trabajos y descubrimientos dignos de todo elogio.

Días gloriosos aquéllos..., pero, ¿a qué seguir? Si era la Orden Agustiniiana la maestra de cuantos al sabio estudiar y al bello decir dedicaban sus afanes, si fué la Orden Agustiniiana la creadora de la investigación moderna, hasta el punto de que dice Menéndez y Pelayo que «si quisiéramos cifrar en una obra y en un autor la actividad erudita de España durante el siglo XVIII, la obra representativa sería la *España Sagrada* y el escritor *Fray Enrique Flórez*»; a qué seguir, si los Agustinos restauraron el buen gusto, «que lo tienen como heredado de su Patriarca Fundador», con los escritos de los ya mencionados Fray Juan Fernández Rojas y Fray Diego González y del santo y elocuentísimo—aunque menos conocido—P. Armañá, insigne Arzobispo de Tarragona, y del erudito P. Lasala, Obispo de Solsona, y del Maestro de oradores P. José Govea, que en el terreno filosófico pudo mirar frente a frente a Leibnitz y a Ma-lebranch, y de los continuadores del P. Flórez, PP. Risco,

Merino y La Canal, llenos verdaderamente de erudición, y de tantos y tantos otros, la enumeración de cuyos nombres nos llenaría páginas y páginas de un libro?

Epoca gloriosa fué sí, como lo fué de lágrimas y llanto la que siguió al malhadado Decreto de 25 de julio de 1835, que de un plumazo suprimió las Ordenes religiosas. Tres conventos se salvaron de la catástrofe: el de Dominicos de Ocaña, el de Recoletos de Monteagudo y el de Agustinos de Valladolid. Y no ciertamente por amor a la religión y por respeto a las creencias del país se hizo la exención. Eran los expresados conventos *Collegios de las Misiones de Asia*, según el lenguaje oficial; es decir, sostenían la autoridad y el prestigio de España en sus posesiones del Extremo Oriente, en Filipinas, los necesitaba el Gobierno para sus fines, para librarse de preocupaciones y de gastos y para dominar en aquel florón de la corona española.

Pero en aquellos cuarenta años que siguieron a la infausta fecha ¡cuántos sinsabores, cuántos sobresaltos, cuántas zozobras hubieron de sufrir los habitantes de los repetidos conventos! ¡Cuántas amenazas de supresión, cuántas intromisiones en su régimen interno, cuántas vejaciones de todo género cayeron sobre las mermadas comunidades! Una verdadera cautividad de Babilonia fué aquel medio siglo para los heroicos misioneros. Corramos un velo que oculte tanta miseria y tanta maldad.

Verdad que no se interrumpió totalmente la tradición, pero se redujo a hilo imperceptible lo que fué corriente impetuosa. En medio de la tempestad y del tumulto, en el torbellino de pasiones, que todo lo arrollaron, en la confusión tormentosa producida por la cuchillada tajante que quiso desligar del saber, de la cultura, de la historia y de la tradición, que un día nos hicieron grandes, a las nuevas generaciones, aún brillaron ostentando con honor el nombre agustiniano el Pa-

dre Andrés del Corral temido escritor satírico y catedrático de la Universidad de Valladolid, donde creó un monetario, que trasladado después a Madrid por orden de Isabel II, sirvió de base para el actual de la Academia de la Historia; Agustín Moreno, discípulo del Padre Muñoz Capilla, elocuente como él y Apóstol de Andalucía, como él también; el P. Jáuregui, virtuoso y sabio profesor de la Universidad de Salamanca y elegante escritor; el P. Olavarría, que honró al Claustro de la Universidad de Valladolid con su erudición helenística; el P. Tombo, que en Filipinas reverdeció con gallardía los lauros de Fray Luis de León y de Fray Diego González; los PP. Buceta y Bravo, cuyo *Diccionario Geográfico e Histórico de las Islas Filipinas* es digno colofón del nacional de Madoz; y por fin, los laboriosos Padres Llanos, Naves y Fernández, que continuaron la *Flora de Filipinas*, e hicieron de ella una edición bilingüe, honra de la ciencia española. Con ellos enlazó el venerable P. Tirso López, que alcanzó los amaneceres del siglo xx, ejemplo de sabios humildes y de investigadores eminentes, a quien Menéndez y Pelayo veneraba con admiración por su saber y por su virtud.

En medio de la tempestad y del tumulto, repetimos, Dios tuvo compasión de nuestros conventos de Valladolid y La Vid para bien de la Orden en España. Se salvaron del general naufragio; fueron semillero fecundo en el que germinó una generación de sabios y de santos religiosos propágadores del santo nombre de Dios, defensores acérrimos del sagrado nombre de España contra las maquinaciones del sectarismo político y de las intrigas internacionales, y aun derramaron no pocos de ellos su sangre en honor de Dios y para gloria de la Patria en las lejanas tierras del Celeste Imperio y del Archipiélago Magallánico, mientras otros reflejaron luz esplendorosa, reverdeciendo laureles de otros días, con su saber y con

su pluma, en la enseñanza, en la tribuna y en la prensa, en el púlpito y en la dirección de las almas, en la acción social y en la acción católica.

Dios suscitó un hombre, hijo espiritual del Reverendísimo Vázquez, de inteligencia extraordinaria, de brillante ingenio, de corazón de fuego, de visión genial, de proyectos atrevidos, que supo infundir en varias generaciones de discípulos amor sin límites al estudio, que renovó y dió vida nueva a las ciencias y a las letras, que convirtió los conventos de Valladolid y La Vid en fecundas colmenas de las que salió una juventud con entusiasmos de locura, con alas de águila que les hicieron remontarse a las cumbres de la investigación teológica y filosófica, a lo más atrevido de las ciencias experimentales y de las ciencias históricas, revistiéndolo todo con las galas del buen decir, del buen gusto innato en los hijos de San Agustín. Y fué el P. Cámara el alma que, además de concebir y sugerir las ideas, calentaba, encendía, arrebatava a todos con el incomparable ardor de su elocuencia y con su entusiasmo electrizador sin límites.

Este fué el hombre que Dios suscitó, éste el hombre excepcional que nos deparó la Providencia. Temperamento impresionable y soberanamente efusivo e idealista, voz vibrante y arrebatadora capaz de convertir las piedras en hijos de Abraham, hombre de ambición ilimitada por el encumbramiento de la Orden, de iniciativas luminosas, de voluntad y energía indomables para llevar a feliz término los proyectos más atrevidos, fué realmente el artífice del florecimiento artístico, literario y científico de la Orden en el último tercio del siglo XIX y en el primero del actual. El formó, lo repito, una generación de escritores ilustres que reprodujeron las páginas gloriosas del Siglo de Oro—no creo que sea preciso pronunciar los nombres de Marcelino Gutiérrez, Conrado Muiños, Francisco Blanco García, Juan Lazcano, Manuel Migué-

lez, Honorato del Val, Restituto del Valle, Marcelino Arnáiz, Jerónimo Montes, Zacarías Martínez, Eustoquio de Uriarte, vuestro ilustro ilustre paisano, precursor y propagandista infatigable de la restauración del canto gregoriano y atildado escritor, que resiste el parangón con los más afamados estilistas del siglo pasado—; él fundó *La Ciudad de Dios*, primera revista de empuje científico y literario, a imitación de la cual se han hecho cuantas han aparecido desde fines del siglo XIX hasta nuestros días. El, en fin, convirtió las casas de estudios de la Orden en semilleros riquísimos, en jardines floridos, en huertos llenos de frutos sabrosos, como el huerto aquél de Fray Luis de la *fontana pura*.

Yo quisiera poner antes vuestros ojos la colmena bulliciosa de una casa de formación y estudios de nuestra Orden en el período álgido de los trabajos escolares, en los días de mezcla santa de los ejercicios de piedad con las tareas científicas, cuando los años floridos todo lo saturan de alegría y de ilusiones sin sombra que entristezca el alma, sin preocupación que encoja al espíritu. Es en las casas de formación religiosa donde se refleja principalmente la vida de la Orden por ser ellas el corazón de donde irradia la savia hacia todas las actividades, el semillero en que con mimo y cuidados singulares se cultivan y fortalecen quienes un día han de constituir el alma, el cuerpo y la razón de su existencia, la historia y la tradición, en fin, que son en lo humano el amor de la familia, el calor del hogar, el vínculo de unión entre unas y otras generaciones, lo que perdura, lo que da el modo, el aire peculiar a cada Orden y a cada provincia dentro de la Orden.

De ella salen los individuos que han de formar las comunidades de Residencias y Colegios y Misiones, que han de dar ejemplo de vida, que han de esgrimir la pluma y la palabra en defensa de la verdad y del bien. Y es

preciso que en los días de prueba y en los años de formación espiritual y científica sus almas se alimenten y se nutran en ese ambiente vigorizador, que es la medula y el corazón de las leyes particulares de su Provincia y generales de su Orden y tradicionales una y otra. En ellas, y durante el noviciado, se transforma el hombre seglar en hombre religioso de espíritu y vida interior, sin la que la vida religiosa es imposible; y durante los años de estudio se completa la transformación con el ejercicio de los actos de piedad, con las prácticas virtuosas, con la dureza de la vida monótona del trabajo constante suavizada con los aromas del culto y rezo del oficio divino, los ejercicios literarios y las dulzuras de la mística y las armonías del arte musical, soboreadas quizá a solas con las manos sobre el teclado, quizá en la grata compañía de las tertulias, que la amistad y la identidad de ideas y aficiones crean siempre entre la juventud estudiosa, donde se lee, donde se canta, donde se discute y se llama a juicio desde Cervantes y Fray Luis de León y Milton y Tasso hasta el último ultraísta, que haya posado sus pecadoras manos sobre las cuartillas, y se maltrata y se desfigura desde el Parsifal y la Pasión de Palestrina hasta el último tango, que a cencerros tapados haya traspasado el umbral del claustro discreto, para terminar con el compromiso entre los contertulios de seguir siempre las huellas de los mejores hasta igualarlos y aun superarlos.

A uno de estos veneros de virtud y de saber se acercó el P. Uncilla un día de primavera del año de gracia de 1873, en los días precisos en que se soñaba en emular las glorias pasadas, cuando cuajaban las ciernes de la generación de estudiosos, que habrían de ponerse a la cabeza del movimiento literario y científico iniciado e impulsado por el P. Cámara.

Había nacido en Izuza el 8 de julio de 1852, ahora hace cien años, y en «el noble solar de Uncilla», al que

él daría nuevo lustre con sus virtudes y con sus escritos. Dios le dotó de una hermosa voz de barítono y de gusto excelente y delicadamente artístico, y después de ejercicios brillantes, apenas traspuestos los linderos de la niñez, a los dieciséis años de su edad, ganó una plaza de cantor en la catedral de Vitoria. Fué la admiración de cuantos le escuchaban, su porvenir se presentaba espléndido, las puertas de la fama se le abrían de par en par, porque su arte, su gusto exquisito, su voz vibrante, llena, pastosa no conocía igual ni semejante; el joven Uncilla se llevaba las miradas de todos, y su nombre corría de boca en boca por todas las tertulias, fué pronunciado por todos los labios con aplauso primero en Vitoria y en Vizcaya después. Hasta tuvo propuestas de los mejores teatros de la región para que tomara parte en las temporadas de Opera. ¡Cuán errados son los juicios de los hombres! ¡Qué lejos del alma de Uncilla estaban quienes pensaban halagarle con el vislumbre de la vanagloria, con el brillo engañoso de los aplausos, con el deleznable tintineo de las riquezas!

Así las cosas, hubo de ir al convento agustiniano de La Vid, en la provincia de Burgos, donde su hermano Juan celebraba su primera misa con la solemnidad y alegres festejos propios de todos los conventos en ocasiones semejantes. Allí lució el joven barítono sus facultades artísticas, allí dió rienda suelta al torrente de su voz, a los sentimientos de su alma, a sus anhelos de glorificar a Dios cantando sus alabanzas, allí elevó hasta el cielo su corazón con emoción sublime, allí derramó los ecos de su privilegiada garganta en honor del Dios tres veces santo, causando la admiración de la comunidad que le escuchaba.

¡Qué días más dulces pasó Fermín entre los religiosos! ¡Qué diversidad de emociones agitaron su espíritu en la soledad de aquel casis de la meseta castellana, más cerca de Dios cuanto más apartado del bullicio de los

hombres, mejor acompañado cuanto más distante del mundo y de las veleidades humanas!

Volvió a Vitoria, pero su corazón quedó prendido del afecto allí experimentado; volvió a Vitoria, pero con el propósito firme de renunciar a las vanidades del mundo, a los halagos de la vanagloria, a las honras, al brillante porvenir con que le brindaban los hombres; volvió a Vitoria, pero con el alma encendida en amores divinos, con el alma enamorada de la soledad, en la que se escuchan los dulces ecos de la voz de Dios, en la que el Amado habla al corazón palabras que saben a miel.

Y un día de julio de 1873 vestía el hábito de San Agustín entregándose en cuerpo y alma al servicio de Dios y a la santificación de su alma bajo la Regla del Obispo de Hipona. Un venerable anciano, el Padre Domingo de Amezti, que había saboreado las amarguras de la exclaustación, formó su espíritu en la vida religiosa con austeridad de asceta, con suavidad humana, con la dulzura y la caridad del corazón de Agustín. Su alma de artista se explayó a sus anchas en aquel recinto donde la virtud, la ciencia y el arte lo llenaban todo.

Las almas enamoradas de Dios encuentran en todas las actividades y en todas las ocupaciones medios adecuados para servirle y santificarse. Y la del P. Uncilla, enamorada de todo lo grande y de todo lo bello, encontró en el arte la más hermosa manera para ejercitarse en su servicio y cantar sus alabanzas. La música, su pasión dominante, le absorbía todas sus facultades; él organizó y dirigió orfeones y orquestas entre los estudiantes, nada se resistía a su técnica y a los entusiasmos de sus dirigidos; por su atril pasaron Eslava, Rossini, Zubiaurre, Gounod, Letamendi... Pero cantaba por Dios y para Dios; nunca para halagar a los hombres ni buscando sus aplausos. Encargado de la parroquia de La Vid, fueron sus glorias derrochar el torrente de su voz, las filigranas de

su gusto y el entusiasmo de su corazón ante sus rudos feligreses, que se entusiasmaban con el *balido* de su párroco, y a quienes el P. Uncilla llamaba cariñosamente sus *lobeznos*. Allí, en la soledad del mínimo pueblo de la meseta castellana, sin más auditorio que un puñado de sencillos labriegos cantó con toda la exquisitez de su arte, con toda la hermosura de su voz, más a gusto, con inmensamente mayor satisfacción que nunca lo hizo en la catedral de Vitoria o en la Real Basílica del Escorial. ¿Qué le importaban los aplausos de los hombres? Dios le oía y para solo El cantaba.

Y vais a oirme un episodio contado por el P. Muñíos, testigo presencial del hecho: «Asistíamos los dos a una función religiosa de gran rumbo y aparato, escogida concurrencia y selectísima música. Tan pronto como vió el encargado de la fiesta al P. Uncilla, a quien había admirado en La Vid, tuvo grande empeño en que cantara un solo de compromiso y así se lo rogó al Maestro director. Alguna resistencia puso el P. Uncilla, pero al fin cedió a sus ruegos. Mientras él repasaba con naturalidad el papel, que por primera vez veía, contemplábanle con mal disimulada compasión los músicos, que auguraban un fracaso proporcionado al atrevimiento de pasar a cantar desde una Comunidad religiosa a un público profano y exigente, y desde un convento situado en la soledad a una culta población. Desde los primeros compases empezó a dibujarse la sorpresa en los semblantes; sorpresa que se acentuaba por momentos ante aquella voz potente, limpia, vigorosamente timbrada, aquel soberano dominio y espontánea naturalidad con que la emitía, aquel delicado gusto con que matizaba. Al terminar, la sorpresa se había convertido en asombro; de abajo subió un confuso rumor, que por respeto al templo no degeneró en estruendoso aplauso, mientras en el coro le rodeaban entusiasmados los artistas, prodigándole felicitaciones cordiales y

recios apretones de manos. Sentado en una silla, cruzado de brazos y sin hablar palabra, contemplábase entretanto uno de los más eminentes, después gran amigo suyo.— ¿Qué le parece a usted?, le preguntaron. El artista se hizo repetir un par de veces la pregunta, hasta que al fin contestó: —Que no lo entiendo. —Pero ¿qué es lo que no entiende usted? —Repito que no entiendo cómo un hombre con esa voz y con esa figura se mete fraile. ¡Ese hombre se haría de oro en el teatro!».

¡Así pensaba el mundo! ¡De cuán distinta manera veía las cosas el P. Uncilla! Había recibido un don de la Providencia, había nacido artista, y soñaba con presentar al Padre de familias centuplicados los talentos que le había entregado. Su voz era extraordinaria, su arte exquisito, su figura prócer, majestuosa, gallarda, cuando cantaba las grandezas del Dios de Sabaoth—todavía conocí yo a aquel hombre coronado de nieve y, aun ligeramente encorvado más que por los años por los sufrimientos, esbelto, de facciones correctísimas, nariz aguileña, ojos negros y penetrantes, andar pausado, maneras sobrias y dignas siempre, hablar flúido y cariñoso, la sonrisa amable en los labios que invitaba a entregarle el corazón—¡ah! pero su alma era más grande, porque anidaba en los cielos, porque su voz, su arte, su figura varonilmente bella, mayestática, digna de un trono, los empleó siempre para más y más acercarse a Dios, para mejor cantar sus grandezas y sus misericordias, para arrodillarse humilde y confesar con el corazón y con los labios: *non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*; sólo tu nombre, Señor, es digno de alabanza, a ti sea todo honor y toda gloria!

Pero vino el día de la prueba. Quiso Dios purificar su alma con la mayor de las desilusiones, con la más dura de las pruebas. Perdió el oído musical, y el alma se le cubrió de tristeza. Figuraos que una tupida nube oscurece

la luz de vuestros ojos y os condena a una noche eterna privándoos de la luz del sol, del brillo de los colores, de las bellezas del cielo estrellado, de la contemplación de rostros queridos. ¡Qué dolor, qué inmensa tristeza! Algo así debió de experimentar el Padre Uncilla cuando en un ensayo se atrevió su más íntimo amigo, el P. Conrado Muiños, a insinuarle: «Uncilla, desafinas». Como agudo estilete hirió su corazón la advertencia. «Dios me lo dió, Dios me lo quitó; bendito sea su nombre!, exclamó con la angustia en el alma; Dios me ha castigado por do más pecado había». Y se retiró a su celda entristecido, desalentado, como pájaro sin alas, con el alma en la sombra del dolor. Y pensaba con el espanto retratado en sus ojos qué habría sido de él si el accidente le hubiera ocurrido viviendo la vida del mundo. «¡Qué inmenso beneficio, exclamaba, me hizo Dios al llamarme al claustro!».

¿Qué hizo aquel espíritu noble, aquel espíritu robusto y entero con la entereza, con la robustez, con la nobleza de los que todo lo han depositado en las manos de Dios, su creador? Lejos de amilanarse, levantó la frente, batió las alas, cambió el rumbo de su vuelo y dijo con fortaleza y energía sobrehumanas, como nuestros marinos ante las olas del mar embravecido, como el gran Urdaneta a sus compañeros de expedición aterrorizados ante las dificultades que les oponían todos los elementos: «¡aurrerá! ¡adelante!, que no se envilece quien cae en la brecha frente al infortunio, sino quien, cobarde, se entrega con armas y bagajes al enemigo al primer contratiempo; a Dios se le puede servir de mil maneras, y si se cierra un camino, otro nos llevará a buscar su gloria y el honor del hábito que visto». Y volvió los ojos a los libros y al magisterio, y escribió para sus discípulos una hermosa *Historia Eclesiástica de España*, y en honor del Patriarca San Agustín su *Vida* y un estudio de sus obras, y en la Biblioteca del Escorial, de la que fué nombrado Director,

el *Indice de Impresos*, y colaboró asiduamente en la redacción de *La Ciudad de Dios*, y tomó, por fin, sobre sus hombros la investigación de los archivos de Guipúzcoa y de la Orden para redactar la hermosa, la sabia, la acabada biografía del inmortal agustino guipuzcoano Fray Andrés de Urdaneta, modelo de las de su género, en la que se agota la materia y se dilucidan y se comprueban mil noticias referentes al descubrimiento de las Islas Filipinas, al primer viaje de circunvalación alrededor del mundo, y al viaje de regreso desde estas islas a las costas de Nueva España tenido por imposible en aquel entonces y encargado a Urdaneta, ya agustino, por Felipe II por creerle el único hombre capaz de realizarlo.

Y aquí quisiera yo recordar la memoria de otro hombre—permitídmelo, os lo suplico—, quiero unir en este momento el nombre del P. Fermín de Uncilla con el de don Carmelo de Echegaray, el prologuista de su *Urdaneta y la conquista de las Islas Filipinas*. Quiso Dios que un día se encontraran frente a frente, y con la sencillez y franqueza innatas en todo vasco, pidió Uncilla orientación a Echegaray para proseguir su estudio acerca del conquistador espiritual de Filipinas. Y el Cronista inolvidable, que traía entre manos el mismo estudio, con aquella generosidad suya verdaderamente prócer, con aquella hombría noble y excelsa que le elevaba sobre el común de los mortales, no sólo le indicó las fuentes apropiadas para su trabajo, sino que puso en sus manos cuanto él había dessubierto, cuanto había investigado acerca del inmortal agustino de Villafranca de Oria. E hizo más; le entregó su alma en amistad, que sólo pudo romper la muerte. Treinta años después le salió el P. Uncilla al encuentro, camino del cielo, donde ambos gozan de Dios y donde nada tienen que investigar porque todo lo ven en la divina esencia.

Otro aspecto de la personalidad del Padre Uncilla

fueron sus dotes de prudencia exquisita, su criterio recto, su firmeza de carácter, sus condiciones excepcionales de gobierno, su don de gentes que le llevaron a desempeñar misiones delicadísimas, a los Consejos de la Provincia, al Rectorado de la Universidad del Escorial. Papel importante fué el suyo en el renacimiento literario y científico de la Orden llevado a cabo por el nunca bastante alabado P. Cámara, secundando sus miras, apoyando sus proyectos y dirigiendo a la juventud por las sendas del trabajo fecundo; parte más activa tomó en la debatidísima cuestión de la unión de las Provincias Agustonianas Españolas con la suprema autoridad del General de la Orden en Roma; asunto espinoso por la intervención en él del Gobierno español, que, en defensa de unas supuestas regalías, desterró o declaró en rebeldía a cuantos lo dirigieron y estuvo a punto de provocar una ruptura diplomática con la Santa Sede, y que él llevó a término feliz con el tacto y discreción del más avezado diplomático, secundando los deseos del Papa León XIII. Piedra angular fué también en la creación de la nueva Provincia del Escorial, que, promovida por el P. Cámara, encontró en el P. Uncilla un entusiasta defensor, porque en aquellas circunstancias era la única manera de que pudiera conservarse El Escorial en nuestras manos. Nombrado primer Consejero de la Provincia a raíz de su erección, y primer Rector de la Universidad Escorialense, confirmó en ambos cargos el concepto que de su firmeza de carácter y recto y clarísimo criterio había ya dado evidentes pruebas. Una afección al corazón hizo que, después de su efímero mandato en el Colegio de Palma de Mallorca, donde se ganó las simpatías de cuantos significaban algo en la Isla, se retirara al Monasterio del Escorial, donde ejemplarmente, santamente entregó su alma a Dios. «Jesús, misericordia; Virgen Santísima, sed mi abogada», fueron sus últimas palabras.

Dios nos lo arrebató en lo mejor de su edad, a los cincuenta y dos años de haber nacido, cuando aún podíamos esperar de su clara inteligencia y de su amor al trabajo muchos y preciados frutos. Perdimos un gran escritor, perdimos un sabio consejero, perdimos un padre; ganamos con su muerte un abogado delante de Dios, quizá un santo. Sus obras fueron gloriosas en este mundo, su proceder fué siempre recto, sus consejos llenos de sabiduría y suma prudencia: ello nos infunde la esperanza consoladora de que goza del bien supremo en la presencia de Dios. Bendigamos su memoria, y que este homenaje que le dedicáis y que tanto os honra, porque nada enaltece más a los hombres que el honor que rinden a sus antepasados y que yo os agradezco en nombre de mis Superiores y en nombre de la Orden Agustiniana; este homenaje, digo, y esta lápida, en la que habéis grabado su nombre con letras de oro, sirvan de estímulo a las nuevas generaciones para seguir sin desmayo el camino que lleva a la perfección de los espíritus, al engrandecimiento de la Patria, y a la mayor gloria de Dios.